

El misterio de la enseñanza secundaria

Diario "LA VANGUARDIA" (17/02/2002)

FRANCESC PEDRÓ*

Una vez más, todo está dispuesto para ese juicio que tiene por objetivo desentrañar el misterio de la enseñanza secundaria. Pero seguimos sin saber quién es el culpable de su permanente agonía y, claro está, el veredicto sigue sin dictarse. Mientras tanto, el tribunal competente insiste en que lo más importante es el número de pasillos del juzgado -¿uno como ahora, o cuatro?- y que al final de la sala haya un altísimo peldaño que, nos prometen, recompensará el esfuerzo de quienes salven este obstáculo. Voy a dejar al tribunal ocupado con estos importantes asuntos y, por cuenta propia, intentaré arrojar luz sobre el misterio.

Dos evidencias parecen sustentar que la enseñanza secundaria agoniza. La primera es que no da los resultados deseables y que el nivel de conocimientos de los alumnos desciende irremisiblemente. En efecto, los resultados que obtienen los alumnos españoles de 15 años de edad en exámenes comparativos internacionales sobre comprensión lectora, cultura matemática y cultura científica ciertamente no se cuentan entre los mejores entre los países de la UE, pero distan mucho de ser los peores. Si nos comparamos con los países que tienen un nivel de inversión por alumno equivalente, nuestros resultados son muy superiores a los que obtienen Grecia y Portugal, aunque inferiores a los de Irlanda, un país cuyas políticas educativas deberían ser de obligatorio estudio para nuestros políticos. Incluso estamos por encima de Alemania, Italia y Luxemburgo -y hasta de Dinamarca, aunque sólo en cultura científica-, países con una inversión muy superior. Además, nuestros resultados se encuentran entre los más homogéneos: la distancia que separa el alumno que mejor puntuación obtiene del último es mucho menor en España que en la media de los países europeos. Si se tiene en cuenta que nuestros alumnos tienen menos horas de enseñanza que los griegos, los irlandeses y los portugueses, hay que reconocer que, aunque podríamos estar mejor, el resultado que obtenemos de lo relativamente poco que invertimos en la enseñanza secundaria es como mínimo notable.

Pero, ¿es verdad que saben menos cosas que nosotros a su edad? Todos los datos, a escala internacional, permiten sostener que el nivel educativo de la mayoría de la población aumenta incesantemente. El nivel educativo sube, reza el título de un estudio de Bourdieu y Passeron que demuestra que toda generación considera atávicamente que la siguiente sabe menos. En realidad, lo que sucede es que la escuela obligatoria ha dejado de tener como objetivo esencial la selección académica para concentrarse en la adquisición de las competencias básicas y la formación ciudadana, sustituyendo conocimientos y competencias que antes eran consideradas imprescindibles para la formación de las elites por las necesarias para enfrentarse a la vida. No es extraño que el 10% de los que más saben hoy al final de la enseñanza secundaria sepan menos cosas que los que más sabían una generación atrás. Y tampoco lo es que el 90% restante tenga una mayor educación. Examinadas las pruebas, la primera evidencia apoya justo lo contrario.

La segunda evidencia es que la docencia en este nivel se ha convertido en un infierno cuya

* Catedrático del departamento de Ciencias Políticas y Sociales (Universitat Pompeu Fabra)

denuncia consigue éxitos de ventas en las librerías aquí, en Francia, en Inglaterra y en Estados Unidos. No cuesta mucho imaginarse las dificultades de unos profesores que, formados y seleccionados de acuerdo con una concepción elitista y académica de la enseñanza secundaria, intentan adaptarse al horizonte de su universalización. En la Europa comunitaria de 1975, el fin de la escolaridad obligatoria se situaba, por término medio, alrededor de la edad de 14 años. Hoy ya supera con creces los 16 y en algunos países llega hasta los 18. Aumentar el nivel educativo de la población es un objetivo político, social y económico de primer orden del que depende nuestro desarrollo, nuestro bienestar y la consolidación de la democracia. Y hay que reconocer nuestros déficit históricos: aún hoy la mayoría de la población española tiene como máximo estudios primarios, cuando en los países de la UE tiene estudios secundarios como mínimo. Por consiguiente, desde un punto de vista estructural no hay vuelta atrás posible, antes al contrario.

Tampoco hay que olvidar que los alumnos de secundaria están en la adolescencia, una de las etapas más difíciles en la vida. Un aula contemporánea de enseñanza secundaria obligatoria no sólo está llena de adolescentes, sino que es además la mejor expresión de las contradicciones de la posmodernidad, extremadamente alejada de los presupuestos básicos de la cultura tradicionalmente escolar, y de la heterogeneidad. No es solamente una cuestión de patrones culturales: En el 2001, un estudio de la Generalitat acreditaba que el 12% de los alumnos de secundaria reconoce haber insultado a sus profesores y, lo que es más sorprendente, algo más de un 1% dice haberles agredido físicamente.

¿Cambiar la pedagogía? Quienes conocieron el remanso de las aulas relativamente homogéneas y con alumnos disciplinados no pueden sustituir de la noche a la mañana las prácticas pedagógicas que heredaron por otras nuevas. A muchos les parecen pura encarnación de la pedagogía espectáculo, la más apropiada para convertir al alumno consumidor y televidente en un perpetuo adolescente, y siguen sin saber cómo enfrentarse a la diversidad de las aulas sin renunciar a su identidad profesional original, más relacionada con la disciplina que se profesa que con la función que se ejerce, y a su dignidad. Los teóricos les han dado una nueva retórica, basada en el descubrimiento de la singularidad de cada alumno, pero al no acompañarla de los recursos y los incentivos apropiados se convierte en pura jerga pedagógica.

Días atrás un buen amigo recordaba la más sincera expresión de este malestar docente: "Me han cambiado el contrato". Y es cierto. Les contratamos bajo el supuesto de que les enviaríamos alumnos previamente seleccionados y que esperábamos de ellos que se comportaran como especialistas en una materia. Ahora les enviamos a todos los alumnos y les insistimos en que, por encima de todo, son educadores que deben hacer pedagógicamente viable con sus alumnos la máxima comunista: cada cual según sus posibilidades, a cada cual según sus necesidades. Todo eso, presionándoles para que consigan mejores resultados. Y ni siquiera hemos reformado su formación inicial para enseñarles cómo hacer compatibles ambas cosas. Como se puede ver, la segunda evidencia sí es incontestable y, paradójicamente, hace más destacables aún nuestros resultados.

Estos son los hechos. Hay dos veredictos posibles. El primero es volver a una enseñanza secundaria académica y selectiva. Claro que, como los recursos disponibles son limitados, hay que recordar que esto siempre será a costa de otros. El segundo veredicto consiste en aceptar que los alumnos son muy distintos, porque la sociedad en la que nacen y crecen también se ha transformado, y que por eso hemos cambiado las finalidades de este nivel, su morfología y sus contenidos, pero no nos hemos atrevido ni a insuflarle los recursos adicionales necesarios, ni siquiera a reconocer las insuficiencias de una gestión decimonónica del servicio público que exige, más que ningún otro, visión de futuro.

Hablamos de resultados pero hemos de esperar a que los organismos internacionales nos digan qué evaluar, y a que nos den los datos. Queremos ser más pero invertimos menos en educación. Decimos que nuestros alumnos no están entre los mejores, pero les llevamos a los centros de secundaria muchas menos horas que los demás. Afirmamos que nuestro sistema es comprensivo, pero mantenemos dos redes escolares cuyos alumnos no son intercambiables. Damos más dinero por alumno a los centros públicos porque así los concertados nos salen más baratos, y de este modo legitimamos que acudan a las matrículas para seleccionar a sus alumnos en razón de la renta. Concedemos autonomía a los centros públicos, pero sólo para que redacten magníficos documentos programáticos y curriculares, no para que contraten o se administren financieramente como quieran, y que luego rindan cuentas de sus resultados. Seguimos formando a los profesores de secundaria como se hacía treinta años atrás y está prohibido hablar de evaluarles. Aceptamos que sigan siendo los que menos horas lectivas imparten de toda la Unión Europea, con lo cual el precio por hora es el más alto de Europa. Les exigimos que cambien su pedagogía pero no damos ningún incentivo relevante a quienes se esfuerzan. Mantenemos a sus directivos en una situación de debilidad para evitar que un liderazgo consolidado se convierta en una permanente conciencia disidente. Queremos que la enseñanza cambie pero sin mover un dedo. Creo que la agonía de la enseñanza secundaria no esconde otro misterio que nuestra propia desidia.

Desvelado ya el misterio, permítanme que les invite a reunirse conmigo en el banquillo de los acusados. Profesores y alumnos ya llevan sentados un buen rato. Y como el tribunal sigue ocupado lanzando cometas o globos, lo mejor será que, desde aquí mismo, nos dictemos sentencia y proveamos los medios para que se cumpla.

Cuestiones para el debate:

- a) Describe cuál es la problemática que expone el autor**
- b) ¿Cuál es el misterio de la enseñanza secundaria? ¿Estás de acuerdo?**
- c) ¿La solución consiste en cambiar de Pedagogía?**
- d) Desvela cuál sería la solución desde tu punto de vista**